



Metaliteratura Dos libros que reflexionan sobre la figura del lector, dos ejemplos de literatura total en tiempos de digitalización y velocidad visual

Leerlo todo, pero leerlo bien

Juan José Becerra
La interpretación de un libro

CANDAYA
128 PÁGINAS
14 EUROS

David Markson
La soledad del lector

Traducción de
Laura Wittner

LA BESTIA EQUILÁTERA
256 PÁGINAS
24 EUROS

JORGE CARRIÓN

Marilyn Manson es la mezcla imposible de Marilyn Monroe y de Charles Manson. La bella y la bestia. Algunas de las páginas más brillantes de *La interpretación de un libro*, la primera obra que el argentino Juan José Becerra publica en España, están dedicadas a la interpretación de las fotografías en que Marilyn aparece leyendo el *Ulises* de Joyce. Y a los cuadros de Edward Hopper de lectoras anónimas en habitaciones de hotel.

En ambos casos encontramos la contradicción aparente, el divorcio entre el cuerpo y el objeto, entre la figura y su contexto. Lo mismo ocurre en el libro que leemos. El ensayo narrativo penetra en la ficción erótica, pues la novela cuenta la historia de un escritor que conoce a la lectora ideal de la novela que ha publicado, convive sexualmente con ella, convierte sus comentarios sobre el Libro en la única razón de su existencia; pero lo hace provocando una fricción. Las reflexiones son graves, el relato en cambio es burlesco. Las elucubraciones sobre la arquitectura del

mundo como texto, sobre el sexo como escritura en el cuerpo ajeno, sobre la figura del lector ideal, sobre la crisis de la lectura textual son excelentes pero no irónicas. En cambio, la narración de las extravagancias de ambos personajes y, sobre todo, del mundillo literario al que pertenecen recurre una y otra vez a la parodia. Ahí está una de las claves de la belleza moderna, desde Baudelaire: la mezcla de materiales antitéticos, la disonancia. Las flores del mal.

Las páginas están escritas siguiendo un arte del desvío, en que las palabras y las ideas prevalecen sobre la trama, que recuerda al de César Aira, Sergio Chejfec o Damián Tabarovsky. Pero el ensayo elevado contrapuesto a la sátira recuerda particularmente a Borges, que edificó su poética sobre la paradójica idea de que el escritor es sobre todo un lector (nadie conocería a Borges si se hubiera dedicado sólo a leer). Esa idea inaugura, a modo de epígrafe, un libro que ha aparecido en español al mismo tiempo que el de Becerra, *La soledad del lector*, del estadounidense

David Markson, primera entrega de una tetralogía experimental sobre la escritura de escritura (se publicó en 1996 y le siguieron *This is not a Novel*, 2001, *Vanishing Point*, 2004, y *The Last Novel*), que se plantea como un reto a la lectura.

Si el personaje es el último reducto de toda novela, y Becerra lo reduce a una pareja y esquematiza a sus dos componentes, Markson prescinde de ellos, o al menos de sus psicologías concretas. Su narración tampoco tiene tiempo ni espacio ni historia, pero sí argumento. Su asunto o materia, más allá de la lista de escritores suicidas y de intelectuales antisemitas, de los apuntes sobre historia literaria y de las notas de un texto en marcha en que el Lector y el Protagonista se interrelacionan de forma confusa —en la tradición de *Si una noche de invierno un viajero*, de Calvino—, es la propia experiencia de la lectura. El título apunta hacia una certeza que la novela enfatiza: cada lector está completamente solo mientras dura el acto de leer. Aunque pueda verse como un libro zapping, compuesto por cientos de fragmentos hiperbreves que se agrupan en posibles canales, en el marco del objeto-libro que recuerda a un televisor, a diferencia de éste *La soledad del lector* obliga a la concentración y a la paciencia.

Es fascinante comprobar que mientras la literatura se digitaliza la novela se mueve entre dos polos: el de la velocidad absoluta y las páginas visuales, y el de la *literariedad* total y sus páginas mentales. Becerra y Markson optan por esta segunda vía, con dos estilos y estrategias muy distintas, pero igualmente admirables y seductoras. |